El libro más polémico del año en el Reino Unido

Dossier de prensa

Historia de una polémica

Kathleen Stock es una filósofa analítica británica, con una extensa obra académica dedicada a la filosofía de la ficción y la imaginación. En los últimos años ha dedicado buena parte de su reflexión a cuestiones relacionadas con la condición de la mujer y la teoría de la identidad de género, sobre la que ha venido manifestado algunas críticas, en especial hacia la teoría queer.

A pesar de expresar reiteradamente su solidaridad con las mujeres trans, la negativa de la profesora Stock a aceptar el borrado del sexo (sustituido por un género que cada cual se autodetermina) ha desencadenado numerosas campañas de hostigamiento y acoso en su contra, que alcanzaron uno de sus puntos álgidos tras la concesión a la profesora Stock de la Excelentísima Orden del Imperio Británico por sus servicios en la educación superior. En respuesta a la distinción, se publicó una carta de protesta en la que diversos académicos acusaban a la profesora de Sussex de "transfobia" y de utilizar su posición para "reforzar la opresión de género".

La situación no hizo sino empeorar a partir de marzo de 2021, cuando Kathleen Stock publicó un ensayo en el que exponía su posición con relación a la teoría queer y la autodeterminación del género. *Material Girls*, el texto en el que Stock razonaba y argumentaba sus objeciones, suscitó en seguida una enorme polémica y un virulenta campaña de acoso y desprestigio, con el propósito declarado de que fuera despedida de la universidad en la que trabajaba y se le impidiera exponer sus puntos de vista.

A finales del año pasado la profesora Stock decidió dimitir de su posición de profesora en la Universidad de Sussex, cansada y atemorizada por el cariz que tomaron las protestas organizadas por un grupo de universitarios, en los que la policía le aconsejó mantenerse alejada del campus.

Material Girls es un ensayo filosófico en el que se articula una crítica incisiva y sólidamente argumentada a las principales tesis de la identidad de género. Pero desde su publicación se ha convertido también en un símbolo de la libertad de cátedra y del pensamiento crítico.

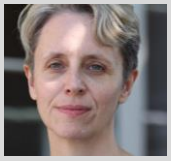
El libro

La revisión crítica y feminista de la identidad de género y la teoría queer que generó una enorme la polémica en el Reino Unido.

Material Girls es un ensayo en el que se articula una crítica incisiva y sólidamente argumentada a la principal tesis de la identidad de género, según la cual el género que cada cual «siente» y se adscribe de forma subjetiva es más relevante que la realidad objetiva del sexo biológico, cuya existencia llega incluso a negarse.

Katlheen Stock muestra las incoherencias e incluso sinsentidos a los que conducen esos planteamientos, y complementa su crítica a partir de la evidencia empírica disponible. Porque, como se pretende demostrar, la realidad material es esencial para la protección de los derechos de las mujeres.

El libro es una invitación a abrir un debate sereno, racional y sin prejuicios en torno a una cuestión que con demasiada frecuencia se ha convertido en una «verdad» incuestionable, como ha demostrado la violenta polémica y las airadas reacciones que acompañaron a su publicación en el Reino Unido.



Kathleen Stock es una filosofa analítica británica. Ha impartido clases en la Universidad de Lancaster, en la Universidad de East Anglia, y a partir de 2003 en la Universidad de Sussex, que tuvo que abandonar por las virulentas reacciones a la publicación de su libro *Material Girls*. En 2021 fue condecorada con la Orden del Imperio Británico por sus servicios a la educación superior.

ISBN: 978-84-1361-136-5
Precio: 22,90 €
Páginas: 352
Publicación: 9 de mayo

Un libro riguroso, que explora los orígenes académicos y políticos de la llamada "identidad de género" e intenta establecer los datos demostrados de un debate contaminado de ideología y visceralidad.
Rafa de Miguel, El País.

Material Girls es un libro valiente y cuidadosamente argumentado, una lectura imprescindible.
Sonia Andermahr, Morning Star.

Un análisis claro, conciso y fácil de leer de las relaciones entre sexo, género y feminismo.
Stella O'Malley, Evening Standard.

Críticas y reseñas

Un libro riguroso, que explora los orígenes académicos y políticos de la llamada "identidad de género" e intenta establecer los datos demostrados de un debate contaminado de ideología y visceralidad .
Rafa de Miguel, El País.

Material Girls es un libro valiente y cuidadosamente argumentado, una lectura imprescindible.
Sonia Andermahr, Morning Star.

Un análisis claro, conciso y fácil de leer de las relaciones entre sexo, género y feminismo .
Stella O'Malley, Evening Standard.

Todo aquel que se haya sentido perdido en el cambiante debate sobre el sexo y el género encontrará algo de claridad aquí. Más importante aun, descubrirá una mente curiosa y un espíritu generoso.
Sarah Ditum, Daily Mail

Lo recomiendo encarecidamente. No solo por ser una lectura clara y fácil, sino también porque me hizo entender major la cuestión trans y ver la filosofía bajo una luz distinta..
Emma Duncan, The Times

Material Girls muestra que "el emperador va desnudo". Es un libro valiente, iluminador, y sólidamente argumentado, escrito por una mujer sin miedo.
Jane O'Grady, The Telegraph.

Material Girls es un ejemplo meticulosamente documentado y cuidadosamente argumentado de cómo devolver la razón en un mundo cada vez más irracional.
The Spectator.

El caso español

El acoso y el intento de censura sufrido por Kathleen Stock no es un caso aislado. También en nuestro país se han producido recientemente dos episodios similares, que representan una peligrosa deriva por la que algunos colectivos pretenden silenciar aquellas opiniones que les ofenden o desagradan.

Entrevista a Juana Gallego

"Me han boicoteado por discrepar de la autodeterminación de sexo"

La periodista y escritora Juana Gallego, que ha fundado y dirigido hasta el año pasado el máster en Género y Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), ha sido vetada por las alumnas por oponerse a la 'ley trans', lo que demuestra, en su opinión, que conceptos como la identidad de género "se han convertido en una nueva religión con fanáticos que te condenan a la hoguera si no la cumples".

Juana Gallego, profesora de la UAB. / RICARD CUGAT

ABC CATALUÑA

Opinión · España · Economía · Internacional · Sociedad · Deportes · Cultura · Historia · Ciencia · Gente · Play · EXCLUSIVO PREMIUM · Estilo · Más

ABC · ESPAÑA · CATALUÑA · Actualidad · Política · Barcelona · Economía/Sociedad · Cultura · Ocio

Doble veto a la profesora de la Autónoma boicoteada por sus alumnas por su postura ente la 'ley Trans'

- Tras ser plantada por las estudiantes la pasada semana en la primera sesión del máster, la UAB le impidió ayer retomar la clase alegando que «estaba instrumentalizada políticamente»

llego, doctora en Ciencias de la Información y experta en género -

LO MÁS LEÍDO EN ABC

Cataluña · ABC

1 Cataluña se rebela y anuncia que retirará las mascarillas en interiores al margen del Gobierno

2 El jurado declara culpable de asesinato al hombre que violó y estranguló a su expareja en Vic

3 Cataluña vuelve a desmarcarse y plantea retirar las mascarillas en los colegios un día antes de lo previsto

SOCIEDAD | Al entender que no se podía garantizar la seguridad

Jueves 07 de abril de 2022

La UIB suspende la presentación del libro sobre identidad de género calificado de "transfóbico"

Conferència

«Nadie nace en un cuerpo equivocado: éxito y miseria de la identidad de género»

A càrrec de Marino Pérez Álvarez i José Errasti Pérez

Presenta Esperança Bosch Fiol

Ampliar

MATERIAL GIRLS

Selección de artículos

EL PAÍS

Kathleen Stock, la supuesta 'enemiga' del movimiento trans que ha pedido protección policial

La profesora de Filosofía de la Universidad de Sussex está en el ojo del huracán por un libro sobre género y feminismo

RAFA DE MIGUEL

10 OCT 2021 - 05:30 CEST

Kathleen Stock tiene la piel dura. O creía tenerla, tanto como para soportar que el campus de la Universidad de Sussex se llenara esta semana de carteles en los que se la acusaba de "transfoba" y de estar "en el lado erróneo de la historia"; en los que sus autores advertían, a ella, de que "iba a morir sola", y al rectorado, de que los alumnos dejarían de pagar los casi 11.000 euros anuales de matrícula si no despedía de inmediato a la polémica profesora de Filosofía. "Esta semana ha supuesto una escalada. Nadie me había advertido, y he visto todos los carteles con mi nombre cuando iba a trabajar. No estoy bien, lo admito. Voy a trabajar desde casa unos días. Ya he llamado a la policía, para tener protección. Y sinceramente, no sé cómo va a ser mi futuro inmediato", confesaba a EL PAÍS por teléfono.

Stock ha escrito un libro éxito de ventas titulado Material Girls. Why Reality Matters for Feminism (Chicas materiales. Por qué la realidad importa al feminismo). Stock es lesbiana. Nació en Aberdeen (Escocia). La "ciudad de granito", la llaman, por sus edificios de piedra gris. Tiene 49 años. Salió del armario relativamente tarde. Ahora vive con su pareja actual y dos hijos de su matrimonio anterior. Las dudas sobre su orientación sexual o el acoso y presiones sufridas durante la infancia le han concedido el derecho pleno a entrar en un debate violento y envenenado en el que los puentes solo se rompen, no se construyen. Un debate con acusaciones de odio e intolerancia que ha fraccionado a dos generaciones a la hora de entender el feminismo. "Creo que muchas jóvenes no son aún conscientes del impacto que va a tener en sus vidas el hecho de ser mujeres. Como no lo sabía yo cuando tenía 19 años", se lamenta la autora.

Stock ha querido responder a una pregunta que arrastra hoy trampa y peligro: ¿deben ser consideradas mujeres las mujeres trans? Lo ha hecho con un libro riguroso, que explora los orígenes académicos y políticos de la llamada "identidad de género" e intenta establecer los datos demostrados de un debate contaminado de ideología y visceralidad. El problema de Stock, sin embargo, es que la información acumulada sigue siendo escasa, y su indiscutible inteligencia e ironía, desplegadas en el libro, dejan expuesta claramente desde un inicio su verdadera posición en el debate. Al eliminar la separación biológica entre hombre y mujer, argumenta, al deshacerse del determinismo biológico y social que combatía el feminismo tradicional, y declarar la identidad de género como la convicción individual y propia de cada persona, se cae en una osadía intelectual como sería, por ejemplo, afirmar que "es imposible que un asteroide choque contra la Tierra, simplemente cambiando la definición de 'Tierra' como 'algo incapaz de ser alcanzado por un asteroide", escribe Stock.

Se enfrenta la filósofa a un doble problema. Su firme posición la ha convertido en estandarte del contrataque ideológico de los últimos años al movimiento trans. Hasta el punto de haber recibido la condecoración de la Orden del Imperio Británico—que Stock no ha rechazado— por su defensa de la libertad académica. Y en segundo lugar, la visceralidad del debate ha ensombrecido, tristemente, el hecho de que la académica esté convencida de que existen episodios reales de violencia tránsfoba que deben ser combatidos, o que la comunidad trans debe ver protegido y reforzado su derecho a una igualdad jurídica y real.

Más de un centenar de académicos firmaron a principios de este año una carta abierta contra la concesión a Stock del título honorífico. "Discursos como el suyo sirven para restringir el acceso de personas trans a tratamientos médicos que podrían salvar sus vidas, o animan al acoso contra aquellos que no se conforman con el género que les ha sido impuesto", afirmaban en un durísimo texto en el que, por supuesto, "no decían que se prohibiera a Stock decir las cosas que dice", pero en el que alertaban de que confundir esta situación con un debate sobre supuestas amenazas a la libertad académica sirve para ocultar asuntos más importantes.

Stock respaldó sin reservas la Ley de Reconocimiento de Género que el Reino Unido aprobó en 2004. Sus dudas se ciernen sobre las enmiendas posteriores, que facilitaban la autodeterminación de género de las personas sin ningún tipo de reserva, como mero acto administrativo, y que el Gobierno de Boris Johnson decidió aparcar en un cajón. La organización que hizo circular la carta contra Stock admitió posteriormente que mintió al asegurar que la académica estaba en contra de la ley, y pidieron disculpas, pero no cambiaron el texto, "porque esa era la versión que había firmado ya mucha gente".

En esta ocasión, sin embargo, el rectorado de la Universidad de Sussex ha puesto pie con pared. Ha abierto una investigación sobre el origen de los carteles, y ha asegurado que defenderá la libertad académica de todos sus profesores. El caso de Stock ha señalado un punto de inflexión en una de las batallas "culturales" —ideológicas, sería más apropiado— de las primeras décadas del siglo XXI.

Entrevista a Kathleen Stock

The Guardian *(5 de diciembre de 2021)*

Cuando Kayhleen Stock nos abre la puerta, se nos muestra amable, pero un poco nerviosa. Acaba de instalar seguridad adicional en su casa, nos explica, un recordatorio de que un año en el ojo del huracán tiene su precio. Nos guía por unas escaleras llenas de fotografías de unos niños alegres (Stock salió del armario relativamente tarde, y a sus 49 años tiene dos hijos de un matrimonio anterior; su mujer actual, Laura, espera un bebé para febrero) para preparar el té. Ya acomodada en un sofá, intenta dar sentido a la montaña rusa que ha vivido en un año que arrancaba con la concesión de la Orden del Imperio Británico por sus servicios a la educación superior, y concluyó con su dimisión como profesora de filosofía en la Universidad de Sussex, en medio de virulentas protestas por sus posiciones sobre la identidad de género y los derechos de las personas trans. Por el camino, publicó Material Girls, el libro en el que explica por qué cree que el sexo biológico es importante y que no puede ser cambiado, y sufrió lo que ella llama "un pequeño colapso".

“Estoy emocionada de una manera extraña, emocionada por mi futuro”, dice. La acompaña también el alivio de haber escapado del “entorno agresivo e intimidatorio” que sentía en el que había sido su lugar de trabajo durante 18 años. Curiosamente, mientras algunos achacan su renuncia a una generación de estudiantes incapaces de tolerar opiniones que no les gustan, Stock dibuja un cuadro diferente. “La mayoría de los estudiantes con los que me encuentro son abiertos de mente e incluso cuando están en desacuerdo conmigo, como estoy segura de que sucede en muchos casos, no me lo reprocharían como si fuera un defecto personal”. El problema, añade, eran sus compañeros.

Hace cuatro años Stock empezó a participar activamente en los debates académicos sobre en qué consiste ser una mujer y sus implicaciones para el acceso a espacios reservados a un solo sexo o lesbianas. Pero las reacciones airadas solo empezaron en 2018, tras la concesión de una entrevista a un periódico local de Brighton afín al movimiento LGTB en la que sostenía que, aunque la mayoría de las mujeres trans ni soñarían con causar daño a nadie, no debía permitirse su acceso sin restricciones a lugares donde las mujeres se desnudan o duermen, ya que “muchas mujeres trans siguen siendo hombres con genitales masculinos”, unas palabras que para algunos resultaron inmediatamente ofensivas.

De acuerdo con la definición propuesta por la organización LGTBQ+ Stonewall, negar la identidad declarada por una persona trans equivale a ser transfóbico. Sin embargo, Stock rechaza las acusaciones; apoya el derecho de las personas trans al reconocimiento de su identidad y a la protección frente a la discriminación, la violencia o el acoso, pero no implica necesariamente aceptar que la gente pueda literalmente cambiar de sexo. “No creo que la condición de mujer sea algo que se puede cambiar ni siquiera con la cirugía, y mucho menos por los sentimientos internos. Creo que es algo que tiene que ver con la biología y la maduración sexual, pero eso no significa que tenga la más mínima intención de suprimir las leyes que permiten a las personas adquirir un determinado género en ciertas circunstancias”.

Varios compañeros de Sussex la denunciaron públicamente en las redes sociales, pero curiosamente ninguno de ellos lo hizo en su cara. “Ningún compañero me dijo jamás ‘mira, no estoy para nada de acuerdo con lo que sostienes y me gustaría discutirlo contigo’. Inmediatamente pasaron a Defcon1. ‘Es una intolerante… defender los espacios de un solo sexo es como las leyes de Jim Crow [que antiguamente imponían la segregación racial en el sur de los Estados Unidos]”.

Sigue fascinada por los aspectos performativos del debate en las redes sociales. “Lo importante es mostrar a tu tribu que tienes la posición moral correcta, y puedes hacerlo diciendo ‘Yo no estoy con ella’”.

Stock tuvo que acostumbrarse a los desplantes en los pasillos de Sussex, nos relata. Pero el único momento en el que se muestra visiblemente afectada es al describir una charla de investigación que tenía que dar en su departamento en abril. Algunos estudiantes la contraprogramaron con un acto de solidaridad trans, con un orador invitado contrario a Stock, y 40 de sus colegas prefirieron ese acto a su charla. “Simplemente me afectó. No sabría explicar el por qué, pero me afectan las cosas que tienen que ver con una tribu”. A pesar de todo, confiesa que no pensó en abandonar su cargo. En lugar de ello, en mayo se convirtió en patrona de la controvertida organización LGB Alliance, surgida como reacción a la decisión de Stonewall de defender los derechos de las personas trans además de las homosexuales.

¿De dónde nace resistencia? “Simplemente me acosaron mucho de niña, así que creo que tengo una gran resistencia a ello”, se encoge de hombros Stock, que creció en Escocia como “una adolescente torpe que se odia a sí misma”, la hija de dos académicos ingleses.

A pesar de todas las reaccione negativas, Stock no se considera “silenciada”; es más, niega haberlo sido. Esa no es la cuestión. “La cuestión es, ¿por qué alguien tiene que pasar por algo así si quiere decir las cosas relativamente moderadas que digo yo? El resultado es que hay otros cientos de personas silenciadas porque no pueden enfrentarse a algo así. Ese es el problema”.

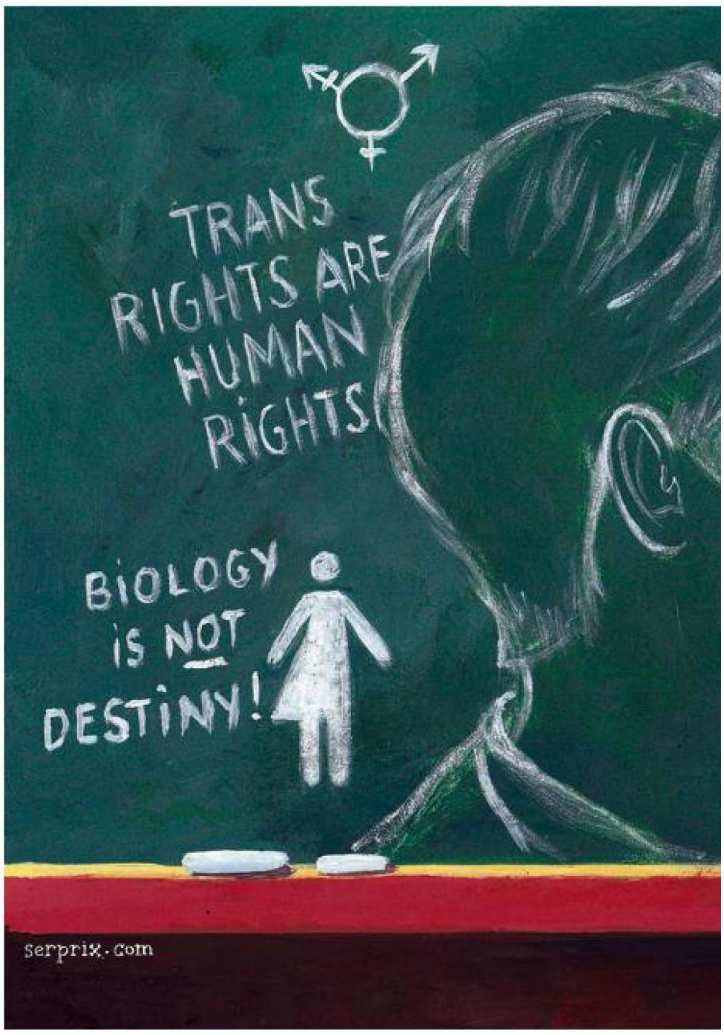
Aunque ha sido contratada por una nueva universidad de Austin, Texas, en defensa de la libertad de expresión, Stock no tiene intención de volver al mundo académico, sino que está ya pensando en otro libro, que versará sobre feminismo o sobre los medios y las redes sociales.

Se consuela pensando que ahora su vida “tiene más sentido y propósito” que antes. “Enseñar me parecía valioso, pero honestamente escribir sobre la imaginación y la ficción [sus especialidades académicas] no me lo parecía tanto. No quiero decir que no lo disfrutara, pero muchos de mis amigos hacen un trabajo que siento que es interesante y valioso de una forma que jamás sentí que lo fuera el mío”. Quizás al dejar su trabajo Stock haya encontrado una misión.

Le Monde
SAMEDI 4 DÉCEMBRE 2021

Sur les campus britanniques, la **bataille du genre**

Des universitaires britanniques s'alarment des menaces qui planent sur la liberté d'expression dans l'enseignement supérieur, en particulier en ce qui concerne les questions de sexe et de genre, sources de vives tensions entre des féministes et des activistes trans



LONDRES - *correspondante*

Kathleen Stock a l'air fatiguée. Vêtue d'une chemise écossaise sur un tee-shirt, les cheveux en bataille, elle s'excuse d'être en retard. Depuis quelques jours, elle vit un tourbillon médiatique et émotionnel, mais sa voix reste ferme pour ce rendez-vous en visio depuis chez elle, quelque part dans le sud de l'Angleterre. *« J'ai été en colère, mais je ne le suis plus ; je suis juste soulagée. Je ne pouvais plus rester à l'université, je savais que le harcèlement allait continuer. »* Cette universitaire et écrivaine de 49 ans est une célébrité au Royaume-Uni depuis le 28 octobre et sa fracassante démission de l'université du Sussex, où elle avait passé dix-sept années à enseigner la philosophie. L'explication de son départ ? La pression, devenue trop intense, d'étudiants et de collègues qui réclamaient sa tête depuis trois ans en raison de ses opinions sur le sexe et le genre. Pour Kathleen Stock, le sexe biologique est une réalité inaliénable. Elle critique donc les activistes, très présents sur les réseaux sociaux, convaincus, pour leur part, que le genre prévaut sur le sexe : selon eux, une femme transgenre est littéralement une femme, même si elle a encore les organes génitaux d'un homme, et prétendre qu'il n'en est rien revient à nier son identité.

La philosophe alerte sur les dangers supposés de ces affirmations. *« Le sexe n'est pas juste quelque chose dans votre tête, c'est une réalité biologique, avec des implications médicales ou sportives »*, insiste-t-elle. Sans compter que les femmes, à l'entendre, ont besoin d'être protégées d'éventuelles agressions sexuelles, dans des espaces réservés (vestiaires, toilettes, prisons), et qu'il n'est donc pas envisageable qu'elles partagent de tels lieux, sans discernement, avec toutes les personnes se déclarant femmes même si, à ses yeux, elles ne le sont biologiquement pas. Ses idées, *« complètement courantes dans d'autres pays »*, d'après Kathleen Stock, lui valent d'être accusée de transphobie sur les réseaux sociaux et sur le campus du Sussex, à Brighton, dans le sud de l'Angleterre. Une accusation qu'elle repousse farouchement : *« Je demande juste à débattre de manière respectueuse. »*

Cette confrontation entre promoteurs de l'identité de genre et féministes « critiques du genre » a explosé dans la sphère médiatique en 2020. Au cœur de la tourmente : l'écrivaine britannique J. K. Rowling, créatrice de la saga *Harry Potter*. Elle a été prise à partie pour avoir plaisanté, en réaction à un article qui parlait de *« personnes qui ont des règles » : « Je suis sûre qu'il y a eu un mot pour qualifier ces personnes, quelqu'un m'aide ? »*, puis pour avoir insisté sur l'importance de ne pas *« effacer le concept du sexe »* au profit du genre. Depuis, cette star de l'édition – elle compte 13,9 millions d'abonnés sur Twitter – s'est faite l'avocate des féministes telles que Kathleen Stock, les TERF (*Trans-exclusionary radical feminist*, « féministes radicales excluant les trans »), comme les ont baptisées leurs adversaires, les activistes pro-trans. *« Je pourrais recouvrir la façade de ma maison avec leurs menaces de mort »*, assurait J. K. Rowling mi-novembre.

Avant de remettre sa démission, Mme Stock a longtemps ferraillé, elle aussi, que ce soit en ligne ou en publiant des livres. Le dernier en date, sorti en août, a été un succès de librairie. Résultat : les accusations et les insultes ont plu, et la police a conseillé à l'universitaire de limiter ses déplacements sur le campus. *« Ce sont des collègues qui, en me classant publiquement dans la catégorie des transphobes sur les réseaux ou durant leurs cours, ont créé les conditions pour que les étudiants finissent par les croire »*, accuse aujourd'hui Kathleen Stock. Début 2021, quand la philosophe avait été promue officière de l'ordre de l'Empire britannique en hommage à sa carrière, des dizaines d'enseignants – de Sheffield, de Glasgow et de plusieurs institutions américaines – avaient publié une lettre de protestation.

« ENVIRONNEMENT HOSTILE »

La tension est montée encore d'un cran cet automne, quand les étudiants sont revenus sur le campus après des mois de cours en ligne dus à la pandémie. Sur Instagram, un groupe baptisé Anti-TERF Sussex décrit Kathleen Stock comme *« l'une des plus pitoyables transphobes du pays, ayant adopté une version bâtarde du féminisme radical »*. Mi-octobre, ce même groupe organise une manifestation sur le campus, une centaine d'étudiants scandant : *« Stock out ! »* (« Stock dehors ! »). La direction de cette importante faculté (18 000 étudiants, 1 600 enseignants ou chercheurs) sort de son silence et condamne avec fermeté : *« Notre personnel a le droit de dire et de penser ce qu'il veut, nous sommes très préoccupés par le fait que des gens tentent d'entraver ce droit. »* Mais, pour Kathleen Stock, ce soutien arrive trop tard : elle décide de partir.

Une intellectuelle poussée au départ pour ses idées ? L'affaire choque dans un pays fier de ses valeurs d'ouverture et de liberté. Dans les médias conservateurs tels que le *Times* ou le *Telegraph*, Kathleen Stock est présentée comme la plus évidente des victimes de la *cancel culture*, cette culture de la dénonciation qui se répandrait insidieusement sur les campus britanniques et se cristallise autour des revendications des transgenres.

En octobre, juste avant la démission de l'enseignante, 200 universitaires, dont des personnalités de renom telles que l'économiste Partha Dasgupta, à Cambridge, ou le physicien Michel Pepper, à l'University College London (UCL), ont pris la plume dans le *Sunday Times* afin de dénoncer le climat de peur qui régnerait sur leurs institutions et menacerait directement la liberté d'expression. *« Les universités*, écrivent-ils, *ont créé un environnement hostile, dégradant, humiliant et offensant pour leurs équipes et leurs étudiants. »* D'après le même texte, les responsables des universités *« manquent de courage ou de moyens »* pour défendre la liberté d'expression.

> **« JE N'AI PAS DE PROBLÈME AVEC LES ÉTUDIANTS QUI PROTESTENT, C'EST DE LEUR ÂGE. LE HARCÈLEMENT QUI M'A VRAIMENT AFFECTÉE EST VENU DE COLLÈGUES, À OXFORD OU AILLEURS »**
> SELINA TODD
> professeure à Oxford

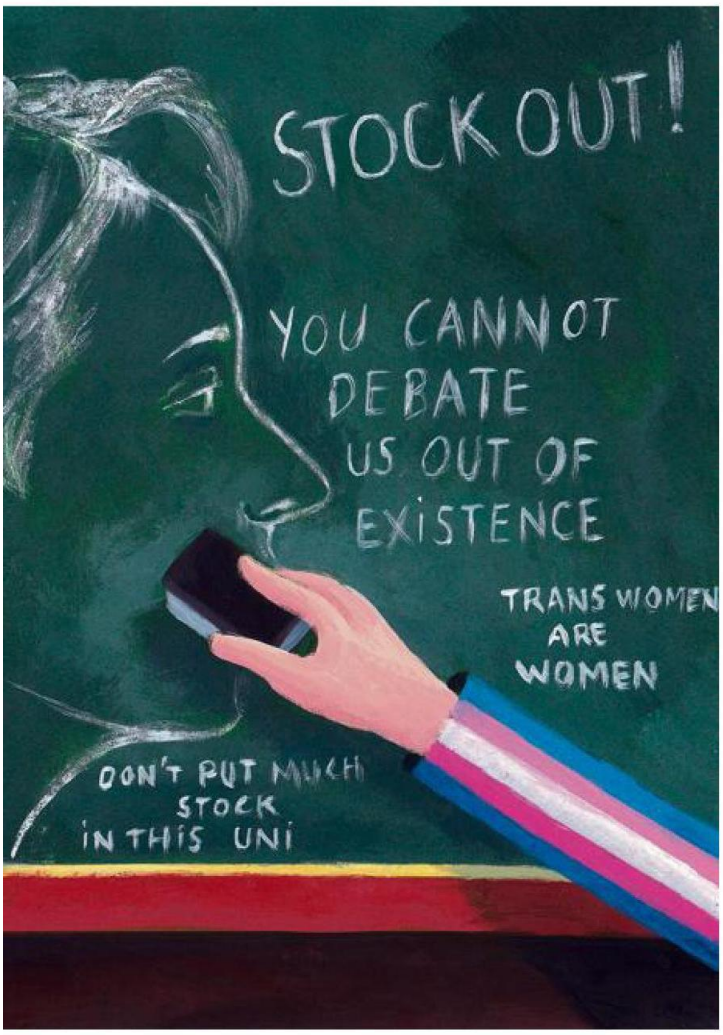
Le philosophe Arif Ahmed, professeur à Cambridge et signataire de la lettre publiée dans le *Sunday Times*, soutient la démarche de Kathleen Stock : *« Elle ne veut priver aucune personne trans du droit à l'existence, elle pense simplement qu'il y a des contextes où le sexe biologique est important. Le sport, par exemple, ou les prisons. Vous pouvez être d'accord ou pas, mais il ne s'agit pas d'une vision extrémiste ne pouvant pas être discutée. »* M. Ahmed est l'un des premiers à avoir alerté sur cette vague morale menaçant de grignoter *« ce qui devrait être une valeur cardinale des universités »* dans un pays fier d'héberger de véritables temples du savoir, parmi les plus anciens et prestigieux au monde. Les premiers collèges d'Oxford et de Cambridge, hauts lieux de controverses politiques et religieuses, ne remontent-ils pas au XIIIe siècle ?

Mme Stock est loin d'être la seule TERF prise pour cible sur les campus. Selina Todd, professeure à Oxford reconnue pour ses travaux sur l'histoire des femmes au XXe siècle, a vécu une expérience similaire. *« En 2018, je découvre ce débat sur le sexe et le genre. Forcément, le sujet m'intéresse, et quand Kathleen Stock est attaquée, je prends publiquement sa défense »*, raconte cette femme de 46 ans. *« Il n'y a pas de place à Oxford pour des sectaires comme Selina Todd »*, assène, en 2019, dans les colonnes de *Cherwell*, le journal étudiant du campus, un membre anonyme du groupe d'activistes Trans Action Oxford. Début 2020, Mme Todd est interdite de parole, lors d'un séminaire au collège d'Exeter célébrant la première « Conférence nationale de libération des femmes » du pays. Sa faute ? S'être affichée avec l'association Woman's Place UK, militant pour que les femmes disposent d'endroits réservés (vestiaires, prisons, etc.).

« A cause des menaces en ligne, certaines de mes conférences ont dû être protégées par des agents de sécurité, affirme Mme Todd. *Je n'ai pas de problème avec les étudiants qui protestent, c'est de leur âge. Le harcèlement qui m'a vraiment affectée est venu de collègues, à Oxford ou ailleurs, ayant arrêté de me parler et m'ayant exclue de réseaux de recherche. Je suis tombée sur des tweets de personnes de l'administration disant que je ne devrais pas siéger aux comités d'admission à l'université. Celle-ci n'a pas essayé de me protéger de ce harcèlement. C'est inquiétant de ne pas se sentir soutenue par l'institution où vous travaillez. »* Sollicitée par *Le Monde*, l'université d'Oxford n'a pas répondu à ces accusations.

MOMENTS PÉNIBLES

Jo Phoenix, 57 ans, criminologue à l'Open University, une institution pionnière dans les cours en ligne, a vécu des moments tout aussi pénibles. Les faits remontent à décembre 2019. A l'époque, l'université de l'Essex l'invite à tenir une conférence sur la question des prisons et des transgenres. *« Quand je suis arrivée, quatre universitaires battaient le rappel contre moi. La situation a dégénéré, les étudiants ont menacé de bloquer le campus, la conférence a été annulée. Ce jour a détruit ma carrière »*, raconte Mme Phoenix, en visio depuis la Californie. Il lui est reproché d'être *« transphobe »* et de risquer de véhiculer des *« discours de haine »*.



Si la criminologue paraît aujourd'hui détendue, cette séquence l'a profondément marquée. Quelques jours après l'annulation de la conférence, l'université de l'Essex lui annonce en effet avoir décidé de ne pas la réinviter. *« Et même de me blacklister,* ajoute-t-elle. *Ils s'inquiètent que je puisse offenser les communautés trans et non binaires* [ne s'identifiant ni strictement à une femme ni à un homme]. *»* En 2021, à la suite d'une enquête indépendante, l'université de l'Essex s'excuse auprès de Mme Phoenix et admet que sa *« liberté d'expression a été violée »*.

Dans la foulée, Jo Phoenix crée, au sein de l'Open University, le Gender Critical Research Network, un espace de discussion et de recherche consacré aux rapports entre sexe et genre. La réaction de ses adversaires ne tarde pas. *« Plus de 360 collègues et personnels de l'Open University ont signé un courrier disant que ce réseau allait véhiculer des opinions transphobiques. »* Mme Phoenix ne se démonte pas, décide de poursuivre l'université pour ne l'avoir pas protégée contre cette campagne de dénigrement, mais confie avoir désormais de gros problèmes d'anxiété.

Au-delà de Jo Phoenix, de Selina Todd ou de Kathleen Stock, il y a aussi tous ceux et celles qui se censurent de crainte de saboter leur carrière en abordant un sujet trop controversé. Lancé en février par deux universitaires britanniques, le site Gcacademianetwork.org a recueilli 120 témoignages en une semaine, tous anonymes et souvent édifiants. *« Nous voulions créer un espace où les personnes pourraient dire leurs inquiétudes et constater qu'elles ne sont pas seules »*, précise Sarah – son prénom a été changé –, cofondatrice du site. Parmi les témoignages, celui-ci, par exemple, d'un *« étudiant britannique »*: *« J'ai sincèrement peur de parler en faveur de ces courageuses femmes qui risquent tant à aborder ce sujet toxique et compliqué* [du genre], *j'ai peur d'être harcelé, de perdre des amis et de passer à côté d'un bon emploi. » « J'entends tous les jours de jeunes enseignants à des postes précaires me dire qu'ils sont complètement d'accord avec moi mais n'osent pas s'exprimer »*, témoigne Alice Sullivan, directrice de recherche en sociologie à l'UCL, elle aussi signataire de l'appel paru dans le *Sunday Times*.

Rares sont les étudiants à oser douter à haute voix. Lisa Keogh fait exception. Cette étudiante en droit à Dundee (Ecosse) poursuit en justice son établissement, l'université Abertay, qui, après des plaintes d'étudiants, l'a menacée de mesures disciplinaires pour avoir dit que *« les femmes ont un vagin »* lors d'un séminaire sur la question du genre. *« J'étais naïve, je ne connaissais rien au conflit entre féministes et activistes trans »*, se souvient-elle, la voix encore vibrante de colère. La faculté a abandonné les mesures disciplinaires cet automne, mais, à 29 ans, l'étudiante aux longs cheveux bruns exige réparation. Persuadée que la majorité des autres étudiants pensent comme elle, elle estime que les militants sont *« peu nombreux, mais très bruyants »* et que les réseaux sociaux amplifient le problème: *« Les cours en ligne durant la période de confinement ont été toxiques. Personne n'aurait osé me dire en face ce qu'on m'a dit en ligne. »*

Des universitaires comme Alice Sullivan s'inquiètent aussi de revendications identitaires susceptibles d'entraver la recherche. *« Des activistes réclament que les spécialistes de sciences humaines ne collectent plus de données fondées sur le sexe, que les philosophes n'utilisent plus le sexe comme une catégorie,* explique la directrice de recherche. *Or, je suis une sociologue empirique, je travaille sur des collectes de données: une bonne part de ma recherche se fonde sur l'importance du sexe dans l'analyse de ces données. »*

Peu d'activistes acceptent de débattre de la liberté d'expression, encore moins dans les médias grand public. Quand ils parlent, souvent de façon anonyme, ils rétorquent que les TERF n'ont pas été réduites au silence: à les entendre, elles ont plateaux télé et colonnes des journaux ouverts pour exprimer leurs vues *« transphobes »*. Dans une apparition sur la BBC, mi-octobre, Amelia Jones, la représentante des étudiants trans et non binaires de l'université du Sussex, s'est livrée à une distinction subtile entre *« liberté académique et liberté d'expression »*, la première *« ne devant pas être censurée »*, la deuxième ne devant pas compromettre le devoir des universités de protéger leurs étudiants. Sollicitée par *Le Monde* pour un entretien, Christine Burns, transgenre et promotrice de longue date des droits des trans, affirme refuser de *« contribuer davantage »* à un débat sur la liberté d'expression qu'elle juge *« déformé »*.

Les trans sont très loin d'être tous militants, ni de défendre des vues extrêmes sur le genre. *« La plupart des universitaires qui m'ont critiquée ne sont ni trans ni même gay,* précise d'ailleurs la philosophe Kathleen Stock. *Je reçois des lettres de transsexuels, qui sont passés par des opérations difficiles pour modifier leur corps, veulent juste vivre leur nouvelle vie et ne pas être pris dans ces controverses sur le genre. »* La population trans du Royaume-Uni, entre 200 000 et 500 000 personnes, est vulnérable et encore mal connue. Selon un sondage récent de Galop, une association défendant les droits des LGBTQ+, quatre sondés sur cinq disent avoir été victimes d'abus haineux. Certaines personnes trans, comme Debbie Hayton, partagent même les vues de Kathleen Stock. *« Vouloir fonder vos droits sur vos sentiments est une position extrême »*, selon cette professeure de physique, qui, père de famille jusqu'à la quarantaine, a commencé sa transition il y a une quinzaine d'années. *« Les trans ont acquis le droit de n'être pas traités moins favorablement que les autres communautés grâce à l'Equality Act de 2010, c'est une avancée fondamentale »*, relève Mme Hayton, prête à dénoncer ceux qui *« harcèlent impunément des femmes* [comme Mme Stock] *en ligne »*.

Dans ce contexte tendu, beaucoup d'universitaires blâment l'influence excessive de certaines organisations sur les campus. Un nom revient avec insistance: Stonewall. Cette ONG, fondée en 1989, a contribué de manière déterminante à l'avancée des droits des LGBTQ+ au Royaume-Uni – adoption par des couples homosexuels, lutte contre la haine homophobe, etc. –, mais son choix de concentrer ses campagnes de lobbying sur les droits des transgenres se révèle bien plus controversé.

En 2018, l'ex-première ministre Theresa May avait lancé une consultation destinée à moderniser le Gender Recognition Act de 2004 (permettant aux personnes trans de bénéficier d'une reconnaissance légale de leur genre, à condition d'avoir obtenu un diagnostic de dysphorie de genre). Or Stonewall défend l'introduction de la *« self-identification »*, la reconnaissance légale d'un changement de genre sans avis médical. Autrement dit, selon Stonewall, les trans doivent être acceptés pour *« ce qu'ils disent qu'ils sont »*. Dans une interview à la BBC, en mai, sa présidente, Nancy Kelley, a attisé la controverse en comparant la critique de la *self-identification* à de l'antisémitisme.

« LA PLUPART DES FEMMES MISES EN CAUSE SONT DE GAUCHE, ET CELA NOUS FAIT MAL DE CONSTATER QUE LA GAUCHE N'INVESTIT PAS CE TERRAIN ET LE LAISSE AUX CONSERVATEURS »

ALICE SULLIVAN
directrice de recherche en sociologie à l'University College London

LE NERF DE LA GUERRE

La réforme du Gender Recognition Act a beau avoir été mise en veilleuse par le gouvernement conservateur de Boris Johnson, Stonewall continue à défendre ses arguments. Or, l'association est plus qu'un groupe d'influence, c'est aussi une société comptant plus de 900 clients – entreprises et institutions britanniques –, à qui elle vend du « conseil » pour rendre leurs espaces de travail plus inclusifs, notamment pour les trans (usage des pronoms neutres, installation de toilettes mixtes, etc.). Des dizaines d'universités (de Cambridge, d'Oxford, du Sussex, de Glasgow, etc.) sont clientes de Stonewall. Dans une enquête radiophonique très fouillée diffusée en octobre, le journaliste de la BBC Stephen Nolan a pointé l'agenda politique que Stonewall pousse auprès de ses clients.

« Nous soutenons fortement la liberté d'expression et n'avons jamais fait campagne pour déprogrammer des conférenciers dans les universités, assure au *Monde* un porte-parole de Stonewall. *Mais nous nous soucions de la manière dont les personnes LGBTQ+ sont traitées. La liberté d'expression est un sujet complexe, c'est aux facultés d'arrêter leurs propres politiques, pas à nous. »* Et justement, certaines facultés cherchent activement à être plus inclusives pour répondre aux attentes d'une génération Z bien plus à l'aise avec la fluidité entre les genres que les précédentes. Quand Emma Corrin, l'actrice britannique qui joue la princesse Diana dans la quatrième saison de la série à succès *The Crown*, a posté cet été sur Instagram un cliché d'elle les seins bandés, après avoir opté pour le double pronom *« she/they »* (féminin/neutre), la photo a été « likée » plus de 180 000 fois.

Les universités sont payantes – 9 250 livres sterling (13 050 euros) par an –, et leur quête d'inclusion ne serait pas sans rapport avec cette dimension financière: elles se livrent une concurrence rude pour attirer des étudiants aux réflexes de consommateurs. Certaines affiches « anti-Stock », sur les murs de l'université du Sussex, ont frappé les esprits car elles clamaient: *« Je ne veux pas payer 9 000 livres par an pour qu'on nie mon existence. » « Les facultés sont fortement incitées à ne pas dire des choses qui pourraient contrarier les étudiants »*, relève Mary Leng, professeure de philosophie à l'université York et cosignataire de la lettre publiée dans le *Sunday Times*. Interrogée sur ses positions concernant la liberté d'expression, Cambridge renvoie à son code de conduite interne. Quant à l'administration d'Oxford, on l'a vu, elle ne répond pas aux sollicitations. *« Les universités sont en pleine confusion sur ce qu'elles doivent dire ou pas »*, constate Kathleen Stock.

LE VENT COMMENCE À TOURNER

Le gouvernement Johnson défend un projet de loi visant à mieux protéger la liberté d'expression sur les campus, actuellement en discussion à la Chambre des communes. Le texte prévoit de faciliter les recours d'étudiants ou d'enseignants et chercheurs contre les universités s'ils estiment que leur liberté de parole n'a pas été respectée. Les féministes s'en félicitent, tout en se désolant que ce soit la droite conservatrice qui le défende. *« La liberté d'expression est bien trop importante pour être laissée à la droite »*, assène Jo Phoenix. Il est vrai que les conservateurs sont les premiers à dénoncer la culture « woke » ou à brocarder la multiplication des revendications identitaires. De fait, c'est surtout dans les colonnes du *Times*, du *Telegraph* ou du *Spectator*, principaux titres de la droite britannique, que les malheurs de Kathleen Stock ou de Selina Todd ont été chroniqués.

« La plupart des femmes mises en cause sont de gauche, et cela nous fait mal de constater que la gauche n'investit pas ce terrain et le laisse aux conservateurs, c'est stupide », regrette Alice Sullivan. En septembre, la conférence annuelle du Labour a été polluée par une polémique sur les propos de la députée travailliste Rosie Duffield, qui avait affirmé que *« seules les femmes ont un col de l'utérus »*. Interrogé par la BBC, le chef de file du parti, Keir Starmer, avait répondu au sujet de cette affirmation qu'elle n'était *« pas correcte »*.

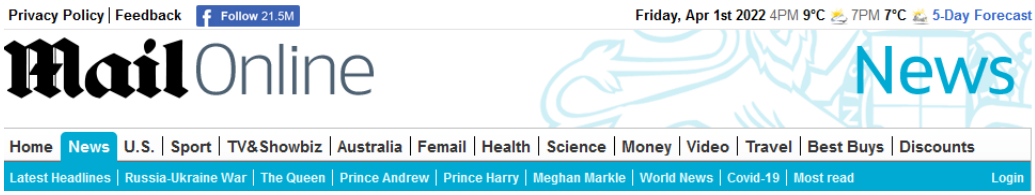
Kathleen Stock a annoncé, début novembre, avoir été recrutée par les initiateurs d'un nouvel établissement d'enseignement supérieur, l'université d'Austin (Texas), aux Etats-Unis. Leur ambition? Instaurer une *« totale liberté de parole »* sur ce campus, décrit par les médias américains comme *« antiwoke »*. La Britannique est ravie, mais confie craindre que sa démission ne crée un précédent: *« Les étudiants vont penser qu'ils peuvent pousser d'autres enseignants au départ. »* Pourtant, il semble que le vent commence à tourner. A la suite de la publication de l'enquête de Stephen Nolan, la BBC s'est retirée du programme Diversity Champions de Stonewall, suivant le chemin de l'Ofcom (le régulateur des médias britanniques) ou du ministère de la justice.

A Cambridge, en 2020, Arif Ahmed, soutien de la première heure de Kathleen Stock, a obtenu d'amender un nouveau règlement du campus. L'université voulait modifier sa politique, explique l'universitaire. Selon ces nouvelles règles, il aurait désormais fallu faire preuve de *« respect »* envers l'identité et les opinions des autres. *« C'était un terme bien trop vague, et la porte ouverte à davantage de mises à l'écart de professeurs et de chercheurs »*, estime le philosophe, qui a proposé de substituer le mot « tolérance » au mot « respect ». Il a bataillé pour mobiliser ses collègues, décroché un vote à bulletin secret et fini par l'emporter à une confortable majorité. *« Les gens semblent plus prêts à se mobiliser. L'an dernier, il m'a fallu deux mois pour réunir 25 signatures* [pour amender le règlement sur la liberté d'expression]; *au printemps dernier, sur le même sujet, cela m'a pris moins de vingt-quatre heures »*, constate Arif Ahmed. La contre-offensive est-elle lancée? ■

CÉCILE DUCOURTIEUX

Kathleen Stock relata el acoso sufrido

Daily Mail *(6 de noviembre de 2021)*



It wasn't just the students spreading lies and hounding me... It was many of my academic colleagues too: KATHLEEN STOCK reveals what it's really like to be vilified for your beliefs after being driven out of Sussex University by trans hate mob

By KATHLEEN STOCK FOR THE MAIL ON SUNDAY
PUBLISHED: 22:00 GMT, 6 November 2021 | **UPDATED:** 14:48 GMT, 7 November 2021

Un miércoles hace aproximadamente un mes, me dirigí al trabajo como de costumbre. Soy, o al menos fui, profesora en la Universidad de Sussex, y ese día iba a dar clase de filosofía feminista En el pasado, me habían dicho que mis puntos de vista sobre el sexo y la identidad de género eran una vergüenza para Sussex.

Sin embargo, no había ningún signo de «vergüenza» en el creciente número de estudiantes brillantes y curiosos que entraban a mis clases.

Me bajé del tren y me uní a la multitud que caminaba por un túnel hasta la entrada de la universidad, para encontrarme con las paredes cubiertas de carteles, todos y cada uno gritando mi nombre en letras mayúsculas.

'KATHLEEN STOCK HACE QUE LOS ESTUDIANTES SE SIENTAN INSEGUROS, SUSSEX AÚN LA PAGA'.

'NO ESTAMOS PAGANDO £ 9,250 AL AÑO POR TRANSFOBIA, DESPIDO PARA KATHLEEN STOCK'.

Luchando por respirar, corrí de regreso a la estación donde, al ver el estado en el que me encontraba, un trabajador del ferrocarril me ofreció una botella de agua. Más tarde, ese día, vi una cuenta de Instagram titulada 'Kathleen Stock es una transfóbica'. Mostraba figuras con pasamontañas blandiendo bengalas y pancartas que decían «Stock Out». [...]

En la web se me llamaba 'lamebotas rencorosa' y se pedía a los que la visitaban a que se 'indignaran'. Los autores anónimos amenazaban con que, hasta que no fuera despedida, 'nos verás alrededor tuyo'.

Esta no es la Universidad de Sussex a la que me incorporé como profesora en 2003. Por aquel entonces, habría sido necesario batallar para lograr que los estudiantes se adherieran a cualquier opinion moral firme. 'Todo es relative', habrían repetido.

Hoy en día hay mucha más certeza, lo que no deja de resultar desconcertante entre personas tan jóvenes y faltas de experiencia.

Mis puntos de vista nunca habrían resultado controvertidos en el pasado. Simplemente creo que deberíamos tener la libertad de debatir las crecientes demandas del lobby trans para que reconozcamos la 'identidad de género' de una persona en lugar de su sexo biológico.

La discriminación contra las personas trans es absolutamente abominable. Necesitan protección contra el abuso.

Pero también debemos considerar los efectos de estas demandas y en particular, cualquier coste para las mujeres y las niñas.

¿Por qué las personas nacidas como hombres, que nunca se han sometido a una operación de cambio de sexo, deberían tener acceso a los vestuarios femeninos, por ejemplo? ¿O a refugios de la violencia doméstica, o a cárceles de mujeres?

¿Qué pasa con la salud de los niños que dicen querer cambiar de género pero que, al hacerlo, podrían encaminarse hacia un tratamiento médico irreversible?

Soy lesbiana y tengo hijos adolescentes, por lo que estos temas son de gran interés personal. Pero también me preocupo por la verdad y la libertad de expresión.

Creo que deberíamos discutir estos temas y, hace tres años, comencé a decirlo. Para mi asombro, descubrí que otros, incluidos algunos colegas y estudiantes de Sussex, no estaban de acuerdo.

Hubo protestas en mis charlas. Tuve denuncias oficiales e investigaciones disciplinarias. Delegaciones estudiantiles exigieron a mis jefes que dejara de enseñar feminismo. Se anularon mis intervenciones públicas después de las protestas. Y fui denunciada en cartas abiertas por compañeros académicos, incluso a raíz de que me otorgaran la OBE (Orden del Imperio Británico) en enero del año pasado.

Esa carta en particular me acusaba de 'infundir miedo transfóbico', de ayudar a 'restringir el acceso de las personas trans a tratamientos médicos que les salvan la vida' y de 'fomentar el acoso de las personas que no se ajustan al género'.

Nada de eso es ni remotamente cierto.

Preocupado por mi seguridad, el gerente de seguridad del campus me informó sobre el sistema telefónico de emergencia y ordenó la instalación de una mirilla en la puerta de mi oficina.

Cuando apareció mi libro Material Girls en marzo, la campaña en mi contra se intensificó aún más.

Aun así, no podría haber imaginado la furia despiadada de las últimas semanas.

Los carteles ofensivos fueron retirados y reaparecieron al día siguiente. Vi pegatinas en las paredes y puertas de mi edificio que hablaban de «la mierda transfóbica que sale de la boca de Kathleen Stock». Continuaron las manifestaciones. La policía me advirtió que intensificara mi seguridad en casa.

Un centenar de figuras enmascaradas interrumpieron una jornada universitaria de puertas abiertas. Los cabecillas pronunciaron discursos airados, encendieron bengalas, escribieron grafitis y alzaron pancartas instándome a renunciar.

Unos días después, asustada, desmoralizada y exhausta, eso fue exactamente lo que hice.

Sería tentador echarle la culpa a los estudiantes y, obviamente, los cabecillas tienen mucha responsabilidad. Pero las cosas son más complicadas que eso.

Resultó que pocos de los involucrados tenían idea de cuáles eran realmente mis puntos de vista. No sabían, por ejemplo, que en repetidas ocasiones y con sinceridad he manifestado mi apoyo a las protecciones legales especiales para las personas trans. Lo que yo había dicho realmente no parecía importarles a esas gentes afectadas por lo que se ha bautizado como 'creencias de lujo'. Esas opiniones, sostenidas con absoluta frivolidad, confieren a los estudiantes que protestaban –muchos de ellos de extracción social privilegiada- un prestigio social adicional en su propia tribu.

Qué más da el coste que esas posturas puedan tener para otros menos acomodados. Una publicación indiganada en las redes sociales mostraba a un trabajador de la Universidad retirando uno de los pósters en los que se me atacaba, y planteaba esta significative pregunta: '¿A quién sirves, a los tránsfobos o a los estudiantes?'

Pero, ¿desde cuándo los trabajadores han cobrado para server a los estudiantes?

Mis acosadores tampoco sabían ni les importaba que un número cada vez mayor de personas trans estuvieran de acuerdo conmigo en que grupos de lobby como Stonewall habían ido demasiado lejos.

Cuando se les interrogaba, algunos de los participantes en las protestas solo alcanzaban a decir que yo era 'muy transfóbica' y que lo habían leído 'en las redes sociales'.

Pero también lo habían escuchado en las aulas.

En Sussex, como sé desde hace mucho tiempo, existe un grupo de colegas académicos, ninguno de ellos, que yo sepa, trans, que están empeñados en difundir afirmaciones falsas de que soy 'transfóbica', es decir, que odio a las personas trans.

Durante los últimos tres años, colegas han repetido este insulto en las clases, en las reuniones del departamento y, por supuesto, en las redes sociales. Cuando, en 2019, algunos estudiantes establecieron un grupo público de Facebook para discutir formas de que me despidieran, colegas académicos publicaron en la página 'en solidaridad'.

Una persona pasó tres años escribiendo tweets con el mismo mensaje monótono: 'Las opiniones de Kathleen Stock la convierten en un peligro para todos los estudiantes trans en Sussex'. Esto simplemente no es cierto, como atestiguan los correos electrónicos de apoyo que he recibido de estudiantes trans.

Mientras escribo esto, un antiguo colega, que tenía el despacho cuatro puertas más allá del mío, está tuiteando que nunca se exigirá suficiente responsabilidad por 'todas las maneras en los que la gente de la Universidad la ayudaron y fueron cómplices de ella'.

'Ella', por supuesto, soy yo.

Si adultos supuestamente responsables se comportan de forma tan lamentable en público, ¿cómo podemos culpar a los jóvenes fáciles de impresionar por seguir su ejemplo?

El efecto de todo ello ha sido agotador. Ha habido momentos en los que tenía que luchar para salir de la cama y seguir adelante.

El hecho de que haya conseguido seguir escribiendo y hablando durante todo el proceso se ha presentado como prueba de que en realidad no pasaba nada grave.

Nadie debería verse obligado a pasar por una prueba así simplemente para decir lo que piensa en voz alta.

La polémica ha enviado un mensaje terrible a profesores y estudiantes de la Universidad de Sussex que piensan como yo: permanezcan en silencio o les pasará lo mismo.

Las cuestiones de sexo y género son fundamentales para muchas áreas académicas, por lo que esta es una catástrofe para la universidad. Las declaraciones públicas institucionales sobre mi partida han defendido firmemente el valor de la libertad académica, y ese es un comienzo decente, pero Sussex ahora debe trabajar duro para rectificar el daño a su reputación y restaurar la confianza del personal y los estudiantes.

La universidad también debe rechazar la influencia de Stonewall, que adopta una línea intransigente sobre la identidad de género, condenando el debate y mucho más la disidencia. Todos, afirma Stonewall, deben tener la libertad de determinar su propio género basándose únicamente en sus propios sentimientos al respecto.

Junto con varias instituciones y la mayoría de las universidades, Sussex en realidad le paga a Stonewall para convertirse en un «campeón de la diversidad». Sussex incluso ha declarado su ambición de unirse al índice de empleadores Top 100 de Stonewall para 2025.

Esto significa, en la práctica, que la universidad recibirá instrucciones de un grupo de presión con puntos de vista extremos, no demostrados y divisivos.

Las peticiones de Libertad de información dirigidas a Sussex muestran la intensidad de esta íntima relación.

Muestran cómo los planteamientos de Stonewall se han incrustado en la institución. La dirección de la universidad ya ha adaptado las políticas internas para garantizar que las referencias al sexo biológico sean prácticamente invisibles. Esto es escalofriante para cualquier miembro del personal o estudiantes que estén en desacuerdo.

Significa que me acusarán de ser una 'transfóbica' cuando digo que los hombres que afirman ser mujeres basándose únicamente en sus sentimientos internos ocultos deben ser excluidos de las cárceles de mujeres. O cuando digo que a los niños se les debe dar terapia de conversación, no medicamentos, si declaran estar 'atrapados en el cuerpo equivocado'.

Hay muchos académicos con puntos de vista como el mío, asustados de expresarlos. Necesitan apoyo. Ya sea por acoso o autocensura, están perdiendo la libertad de hablar y escribir.

'Sí' a la argumentación y la evidencia. 'No' a las cazas de brujas y la intimidación cubiertas bajo el falso disfraz de ofrecer 'un entorno inclusiva y seguro'.

Entiendo que es tentador presentar un campus universitario como si fuera un cómodo capullo, en especial cuando las universidades deben competir por los estudiantes. Pero el precio de todo ello puede ser el de condenar al ostracismo a los que no encajan.

Los miembros de esos incómodos escuadrones pueden representar una amenaza para el rebaño. Y los rebaños resultan más fáciles de dirigir. Incluso en ocasiones pueden convertirse en manada.

Muchas malas ideas parecían atractivas hasta que fueron desacreditadas por los opositores, los excéntricos, los herejes, los detractores, las mujeres incómodas, incluso los futuros tradicionalistas… Todos ellos son una parte importante de la comunidad intelectual y de la vida misma. No deben ser silenciados.

No dejemos que la manada venga a por nosotros.

Entrevista a Kathleen Stock en *El Mundo*, *20 de enero de 2020*

EL MUNDO ESPAÑA OPINIÓN ECONOMÍA INTERNACIONAL DEPORTES CULTURA

España Madrid Andalucía Baleares Castilla y León Cataluña Comunidad Val

ENTREVISTA - Profesora de Filosofía en la Universidad de Sussex

Kathleen Stock: "Hay una presión para no hablar de sexo biológico por si se ofende al colectivo 'trans'"

OLGA R. SANMARTÍN
@olgarsanmartin
Madrid

Actualizado Lunes, 20 enero 2020 - 01:15

Ver 25 comentarios

Denuncia que en Reino Unido las teorías de «autodeterminación de género» han sido «asumidas por la mayoría de las instituciones públicas a pesar de la controversia que suscitan».

Kathleen Stock, profesora de Filosofía en la Universidad de Sussex. E.M.

La feminista Kathleen Stock, profesora de Filosofía en la Universidad de Sussex y vicepresidenta de la Sociedad Británica de Estética, ha sido tachada de «transfóbica» por cuestionar la Ley de Reconocimiento de Género de Reino Unido. Denuncia que en su país «hay una presión para no hablar de sexo biológico por si se ofende a las personas trans» y que las llamadas teorías de «autodeterminación de género» han sido «asumidas por la mayoría de las instituciones públicas a pesar de la controversia que suscitan».

PREGUNTA: ¿Qué es, en su opinión, la autodeterminación de género?
RESPUESTA: El concepto de «autodeterminación de género» va asociado a la opinión de que hay algo llamado «identidad de género» que cada uno de nosotros tiene, que es privado y que sólo nosotros podríamos saber, y refleja si nos sentimos hombres o mujeres, o ni lo uno ni lo otro (si somos «no binarios»). Bajo este punto de vista, que yo creo que es erróneo, algunas personas tienen una identidad de género en conflicto con el «sexo asignado» (yo diría: su sexo real, ya que, en mi opinión, el sexo no está «asignado», sino registrado). Esta concepción también asevera que la identidad de género, no el sexo, es lo que te hace mujer o hombre, o ni lo uno ni lo otro. La identidad de género es independiente del cambio de estatus legal, o de someterse a una cirugía, o tomar hormonas. Una persona masculina puede tener una identidad de género femenina sin hacer nada de lo anterior. Las personas que tienen una identidad de género diferente al sexo deben tener el derecho de autodeterminar eso, y ningún médico o autoridad judicial debe interferir con un proceso puramente administrativo.

P: ¿Qué pasa en el Reino Unido?
R: A través del lobby que hacen organizaciones LGTB influyentes en el Reino Unido, esta teoría ha sido adoptada por las principales instituciones, y se ha propuesto que el acceso a un certificado legal de reconocimiento de género debe ser a través de una autoidentificación, sin supervisión médica. De eso trata la consulta que está lanzando el Gobierno escocés. La mayoría de los partidos del Reino Unido apoyan la autoidentificación para el reconocimiento legal de género, a pesar de la controversia pública que suscita. Además, en el Reino Unido existe una creciente presión para dejar de hablar sobre sexo biológico, en caso de que ofenda a las personas trans.
P: ¿Qué dificultades prácticas presenta esta teoría?
R: Se argumenta, y es algo aceptado por la mayoría de las instituciones públicas, que, independientemente de tener un certificado legal o no, la autoidentificación debe ser el medio por el cual se otorga acceso a espacios exclusivos para mujeres, como vestuarios y residencias, y también para acceder a recursos públicos sólo para mujeres. Si una persona biológicamente masculina se siente mujer, entonces es una mujer y, por tanto, debería tener acceso a todos los espacios y recursos para mujeres. No debería ser excluida de ninguno de ellos, incluso si ella todavía es legalmente masculina y no ha sido sometida a ninguna intervención médica. Es decir, se aplica a personas sin ningún cambio de estado legal o cirugía o tratamiento médico.
P: ¿Por qué hay feministas que se sienten incómodas con esto?
R: Es un problema desde el punto de vista feminista porque esta teoría concede conquistas duramente ganadas demasiado fácilmente, sobre la base de un sentimiento interno (identidad de género) que no puede verificarse externamente; y así deja los sistemas de protección abiertos a posibles malas prácticas. Esto es particularmente problemático en espacios donde las mujeres son vulnerables a la agresión sexual, el voyeurismo o el exhibicionismo. No digo que las mujeres trans sean peligrosas, sino que hacer que la percepción interna de la identidad de género sea el criterio oficial para estar en un espacio sólo para mujeres permite a los posibles delincuentes entrar con demasiada facilidad, y también deja a las mujeres desprotegidas.

P: ¿A qué se refiere en concreto?
R: Muchos vestuarios sólo para mujeres en el Reino Unido se anuncian explícitamente como segregados por «identidad de género» y no por sexo. Esto, en la práctica, los convierte en unisex. Algunos baños para mujeres en los campus universitarios tienen letreros que dicen: «Si crees que hay una persona en este baño que no debería estar aquí, confía en ella». Es un mensaje extraño lanzado tanto a mujeres como a niñas, dados los hechos que conocemos sobre violencia sexual. En términos generales, las mujeres tienen necesidades e intereses distintos de las mujeres trans en muchos casos y, sin embargo, la política que se centra en la identidad de género no permite la provisión de estas necesidades e intereses. Otro problema es que el número de niños y adolescentes transidentificados está desproporcionadamente sesgado hacia las mujeres, muchas de las cuales están alterando sus cuerpos a través de un tratamiento médico, sobre la base de tener una identidad de género masculina incluso antes la edad de consentimiento. El año pasado se estimó que al menos 25 personas con cuerpos masculinos estaban en las cárceles de mujeres en el Reino Unido, porque su identidad de género es femenina. Karen White, una persona legalmente masculina que no se había sometido a ninguna cirugía y que ya era violadora y pedófila, cometió agresiones sexuales contra mujeres prisioneras.
P: ¿Esta controversia se da sólo en el Reino Unido o en más países?
R: En Canadá, donde la identidad de género ahora está protegida por ley, ha habido varios casos problemáticos. Una mujer trans, Jessica Yaniv, pudo demandar a varias esteticistas por negarse a depilar «sus» genitales masculinos, aunque acabó perdiendo el caso. Ha habido casos de mujeres trans de cuerpo masculino ubicadas como correspondía legalmente por parte de la administración en duchas y dormitorios en albergues, lo que causaba incomodidad a las mujeres residentes. Vancouver Rape Relief, el centro de atención a mujeres violadas más antiguo de Canadá, fue despojado de fondos públicos porque se negó a aceptar mujeres trans como parte de su personal.
P: ¿Qué presiones ha recibido por expresar sus puntos de vista?
R: Desde que comencé a hablar y escribir sobre estos temas, ha habido protestas en mi campus y en mis charlas, intentos de dañar la puerta de mi oficina, quejas formales de estudiantes, declaraciones difamatorias de alumnos y artículos en periódicos estudiantiles, peticiones y cartas abiertas en contra de mi trabajo, difamación en las redes sociales por parte de colegas y amenazas e insultos por parte del público

MATERIAL GIRLS

Para más información:

Laura Santaflorentina
+34 699 061 244
laurasantaflorentina@gmail.com